

La socialización de los seres humanos: una realidad diferenciada

Lourdes Andrade León*

Nuestro objetivo principal es plantear en qué momento el individuo consigue identificarse como parte de un grupo y de la sociedad en general, donde cada quien llega a esa adaptación objetiva y subjetiva, situándose en un lugar determinado en este conglomerado con marcadas diferencias de identificación, actividades y decisión.

Nuestro objetivo principal es plantear en qué momento el individuo consigue identificarse como parte de un grupo y de la sociedad en general, donde cada quien llega a esa adaptación objetiva y subjetiva, situándose en un lugar determinado en este conglomerado con marcadas diferencias de identificación, actividades y decisión. Formas de vida entendidas como algo natural entre hombres y mujeres, quienes reconocen y aceptan la distribución de papeles diferenciados sin cuestionarlos, ya que estos conocimientos son aprendidos e internalizados como parte de la socialización que se brinda desde los primeros años de la persona con la familia, la sociedad y la escuela; permeados en todo momento de una autoridad masculina a

la que se le han concedido privilegios de disposición hacia la mujer, mientras ella es relegada a un segundo plano.

Las formas de organización imperantes hoy en día, llevan implícitas esas maneras de entendimiento que surgieron en tiempos anteriores y que actualmente continúan vigentes en nuestra sociedad, como parte de la cultura a la que se pertenece; pautas sustentadas por ideas, símbolos, valores, etc., que para el ser humano tienen una significación: este tipo de cultura se *aprende*, se *comparte* y se *transmite*, lográndose con ello formaciones diferentes: un pensamiento de disposición de la mujer hacia los demás como un destino que es justificado por ella misma, y que demuestra con su actuar cotidiano y sus formas de realización siempre fundamentadas y aprobadas por los otros; en cambio, el hombre ha permanecido siempre como autoridad y con privilegios socialmente válidos.

Aunque es muy fácil pensar que la sociedad está compuesta por individuos como producto de ésta, lo que se pretende entender y explicitar en el tema que nos ocupa son esas formas de relación imperantes en nuestra sociedad que dieron origen a esa forma de socialización, la cual ha conducido a las generaciones posteriores a pensar, actuar, entender y vivir de tal o cual manera. Así, consideramos necesario cuestionarnos de dónde y en qué momento surgen estos pensamientos que se han cristalizado en la vida diaria, evidenciando la división de géneros, lugares, estatus, riqueza, poder, etc.

Construcción de la realidad social

Encontramos, pues, que “La vida cotidiana se presenta como una realidad interpretada por los hombres y que para ellos tiene un significado subje-

* Maestra de Investigación en Educación de la Universidad Veracruzana.

tivo de un mundo coherente”¹. Así cada individuo llega a construir esa realidad en la que vive, entiende y aplica en su vida, tomando como base lo que percibe y lo que es significativo para él. Entre las cosas más importantes para el ser humano encontramos a la familia, otros individuos, las acciones, las formas de pensar, los símbolos, los valores etc., que, al interactuar con los demás, logran construir una misma realidad, “cristalizado en el hombre de la calle”, como explican estos autores.

Todas las ideas que se obtienen como conocimiento, sufren un proceso de acrecentamiento al relacionarse unos con otros, y adquieren legitimación al ser aceptadas por el resto y traducidas por parte de los individuos como algo existente, lo que les otorga validez; asimismo, varían de acuerdo con los tiempos, los lugares y los diferentes grupos sociales. De esta forma “... se da por establecido como una realidad por los miembros ordinarios de la sociedad en el comportamiento subjetivamente significativo en sus vidas. Es un mundo que se origina en sus pensamientos y acciones y que está sustentado como real por éstos”², mostrándose con las formas de pensar y manifestándose en hechos, comportamientos, lenguajes y formas de vida. Cuando pensamos en la subjetivación, es cuando el individuo busca fuera de él esos conceptos que entiende y que son compartidos como una realidad comprensible por los demás miembros sociales, logrando un pensamiento común.

Así el conocimiento que subyace en el ser humano tiene un significado subjetivo, porque lleva impresos las propias percepciones, argumentos y puntos de vista de cada sujeto, que son construidos durante muchísimo tiempo. Es por ello que ahora la realidad de la vida se presenta ya objetivada, es decir, constituida por un orden de objetos que han sido designados como tales antes de que yo apareciera en escena.

Las formas de comunicación auxilian a estas objetivaciones a volverse coherentes, las ordenan y así adquieren sentido y representación. Así también se puede tener acceso a otras objetivaciones de individuos que coinciden en gran parte con nuestras formas de percibir la realidad social. Este tipo de situaciones se van generalizando, marcan de alguna manera límites en nuestra vida y adquieren el significado de todo lo que nos rodea.

En realidad, no puedo existir en la vida cotidiana sin interactuar y comunicarme continuamente con otros. Sé que mi actitud natural para con este mundo corresponde a la actitud natural de otros, que también ellos aceptan las objetivaciones por las cuales este mundo se ordena, que también ellos organizan este mundo en torno de “aquí y ahora”, de su estar en él y se proponen actuar en él³.

Cuando los individuos entienden los fenómenos de una misma manera, surge una condición que los relaciona como personas; entonces existe entre ellos, para el trato de uno con el otro, un acuerdo de voluntades. Se puede decir que al haber una aceptación con los demás sujetos sobre una representación, ésta se institucionaliza y se tipifica; es decir, ese nombre que se le ha dado a un hecho determinado por un grupo, se acepta como verdadero o real, estableciéndose en un consenso como algo significativo. De aquí surge la institucionalización como producto de esa relación del sujeto con su medio, su cultura, en un orden social, así como la legitimación, que es el resultado de las acciones en donde el grupo está de acuerdo.

Ellos comprenden las formas de vida, de interactuar, pensamientos, actitudes, etc., que les van a servir para el intercambio de relaciones con los demás individuos, y de una idéntica forma que consideran conviene a su bienestar e intereses, sin olvidar el bien común. A cada hecho le han denominado de determinada forma, llegando a un consenso, situación que se repite por parte de los demás miembros del grupo y por las nuevas generaciones, los cuales van reconociendo estos conceptos haciéndolos generales y válidos.

Todo lo que actualmente existe siguió el mismo proceso, así se institucionalizó la religión, la familia, la escuela, el gobierno, etc. Todo lo que tenemos y aceptamos hoy, fue construyéndose al paso del tiempo, al considerarse en su momento que todo ello era para una mejor armonía entre los seres humanos.

De Beauvoir⁴ plantea cómo desde la historia en que la mujer y el hombre fueron situados de acuerdo con la organización desde los primeros tiempos, el hombre salía a buscar alimentos y la mujer cuidaba de los hijos. Esto lo conocemos hoy porque, como nos explican Berger y Lukmann⁵, por me-

¹ Berger y Luckmann (1978). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, p. 36.

² *Ibid.*, p. 37.

³ *Ibid.*, p. 40.

⁴ Simone de Beauvoir (1995). *Segundo sexo*, 2. *La experiencia vivida*. México: Siglo XX/Alianza Editorial.

⁵ *Op. cit.*

dio del lenguaje quedaron registradas todas las costumbres y prácticas de esos tiempos, mismas que en la actualidad tienen un sentido común que coexiste en los grupos sociales.

Así en las relaciones surgidas en la pareja y con la procreación de los hijos, se dieron formas de convivencia donde cada uno desempeñaba actividades que habían sido definidas para mujeres u hombres, al tiempo que se marcaban límites entre unas y otras, como costumbres que los rodeaban producto de esas prácticas en que cada uno entendió el lugar que le correspondía por ser mujer u hombre. Jesús Ibáñez señala: “Si en el inconsciente no hay hombres ni mujeres, habrá que buscar en el imaginario social”⁶, ya que es allí donde se construyen y se materializan.

Los usos, las costumbres, tradiciones, formas de pensar, etc., que permean a la sociedad, van variando, pero ninguna de éstas surge espontáneamente ni concluye de una manera drástica, como nos explica Karl Mannheim⁷: “las mutaciones sociales no tienen nunca el carácter de una construcción radicalmente nueva, ni siquiera en los llamados periodos revolucionarios, sino que reúnen lo viejo y lo nuevo en el proceso de transformación”; de tal manera que permanecen muchas formas de entendimiento ancestrales inmersas en las formas de percepción y de vida actuales, apareciendo nuevas conductas después de un profundo proceso que, de alguna manera, también van determinando los parámetros a seguir en cada una de las sociedades o grupos que se pueden considerar modernos.

Toda esta institucionalización que al pasar del tiempo se ha transformado, ha perdido un poco su carácter esencial en su continua interacción con los demás y se ha ido convirtiendo en instituciones históricas. Esto al paso del tiempo va perdiendo su razón de ser porque todas esas variaciones de conceptos establecidos, en un primer momento en el que lo que perseguían era un bienestar común, ahora se encuentran existiendo por encima y más allá de los individuos que se suponía les dieron origen y sentido, consiguiendo con ello permear y dominar un grupo social.

Así surgen los sistemas sociales, como parte de la organización que logró una forma de convivencia que buscaba la continuidad de su funcionamiento imaginando lo mejor para los seres humanos. Buscando explicacio-

nes y justificaciones que mostraron la razón de ser del individuo, así surgen “La religión, la filosofía, el arte y la ciencia[;] son los de mayor importancia histórica entre los sistemas simbólicos de esta clase. Nombrarlos ya es afirmar que, a pesar de que la construcción de estos sistemas requiere un máximo de separación de la experiencia cotidiana, pueden ser importantísimos para la realidad de la vida diaria”⁸; y se toman como base de una reflexión coherente y justificada, aunque no cuestionada, logrando un alto grado de importancia que incide en la vida de cada uno de los individuos.

Entre otros sistemas que subyacen en la sociedad nos encontramos al sistema educativo, económico, político patriarcal, que tienen su genealogía en el mismo seno social que los ha abrigado y fortalecido gracias a sus teorías, pensamientos, leyes, filosofías, costumbres, usos, etc., con ese poder definido ancestralmente y que ubica a unos frente a otros como referente y dominador-dominado, hombre-mujer, sexo fuerte-sexo débil, público-privado, etc.; pero que aunque surgieron como una forma de organización, han venido también de manera arbitraria a condicionar las relaciones de vida, tal como lo hace el sistema patriarcal.

Proceso de legitimación social

Inmerso en esta sociedad nos encontramos al sistema patriarcal, el cual es un sistema de dominación donde la mujer queda relegada a la autoridad del hombre, quien ha establecido espacios, funciones, responsabilidades; asimismo, dicho sistema es producto de una organización heredada, ya que desde tiempos remotos existen evidencias de ello. Al respecto, Simone de Beauvoir⁹ nos explica que las formas de pensamiento de los seres humanos sobre la dominación del otro, fueron reforzadas por los instrumentos de metal, que hicieron diestro y fuerte al hombre en comparación con la mujer; esto tuvo que ver con la división del trabajo, donde ésta quedó confinada al hogar mientras que el hombre salía a buscar el sustento, hecho que lo situó de manera diferente.

Las difíciles formas de subsistencia donde el hombre ponía en juego su vida, eran contrastadas con la fuerza física menor de la mujer, que además tenía que ser protegida

⁶ Jesús Ibáñez (1994). *Por una sociología de la vida cotidiana*. México/España: Siglo XXI Editores, p. 64.

⁷ Karl Mannheim (1936). *El hombre y la sociedad en la época de crisis*. Madrid: Editorial Revista de Derecho Privado, p. 19.

⁸ Berger y Luckmann, *op. cit.*, p. 59.

⁹ Simone de Beauvoir, *op. cit.*

junto con sus hijos. Así, el hombre procuraba el bienestar de ésta y ella cuidaba a la familia en un orden establecido de funciones que facilitaban su supervivencia; de esta manera se llega a institucionalizar la familia con un sistema patriarcal. De Beauvoir nos dice que "...el triunfo del patriarcado no fue casual, ni el resultado de una revolución violenta. Desde el origen de la humanidad, su privilegio biológico permitió a los varones afirmarse sólo como sujetos soberanos..."¹⁰, imponiendo desde ese momento su autoridad. Esto podemos considerarlo como una de las dos vertientes de formas de vida que se fueran legitimando con el paso del tiempo, donde las nuevas generaciones iban guiando sus conductas de acuerdo con formas transmitidas por generaciones anteriores.

Porque si bien en tiempos muy antiguos no existía este concepto de familia, en el momento en que empiezan a relacionarse unos con otros, y en el caso del hombre al tener que traer el sustento a su mujer y sus hijos, y en el caso de ella la procreación y la crianza, viene a dar como resultado esta tipificación. Este concepto no lo toman de nada establecido, sino que surge como la denominación hacia un grupo con características particulares, y como una célula dentro de la sociedad que se hizo necesaria y que nace a partir de este proceso del grupo, de ese acomodamiento de formas de vida, de organización y de pensamientos.

Otra vertiente acerca de la legitimación es el paso de lo natural a lo formal; es decir, cada generación fue dejando sus legados, su herencia cultural por escrito, describiendo qué era la familia, quién era la autoridad y cómo se instituía a los hijos y a la mujer. De este modo la condición de ella fue normalizándose, pero en un papel de procreadora, y la del hombre como la autoridad y proveedor, situación en la que con el devenir de los tiempos se le ha dado un papel secundario a ella. Esto fue plasmado en documentos, libros, leyes, etc., con el propósito de que las nuevas generaciones conozcan y entiendan cuáles, por qué y cómo se ha dado por entendida la realidad de ambos.

En ese crecimiento de la sociedad y cuando ya no fue posible entendernos como en un principio, surgieron las leyes y las instituciones, encargadas del orden social y de la regulación de conductas, con la idea generalizada del bienestar común. Pero como en todos los tiempos han existido personas con más desenvolvimiento que organizan y que son conocedoras de todo lo que sucede en el grupo, éstas han aprovechando para decidir muchas formas de convivencia. Así buscaron instituir situaciones que se hicieron válidas para todos, aun

¹⁰ *Ibid.*, p. 135.

cuando muchos no las aceptaran; al percibir que para sus intereses tendrían problemas en la aplicación, buscaron mecanismos de sometimiento que lograron la situación actual en nuestra sociedad y que han sido estampados en normas que señalan y restringen las conductas de cada cual.

El lenguaje en todas sus formas ha sido el medio de transferencia de todos esos saberes que permean la cultura en las diferentes etapas de la humanidad. Por medio de él los grupos de poder se hacen entender, puesto que "el lenguaje es contemplado como un fenómeno integrador o divisivo; como el principal proceso a través del cual se transmite la cultura; el portador de los genes sociales"¹¹, logrando transmitir cuáles son los derechos y las obligaciones de cada uno: hombre-mujer, en un proceso de socialización "que en todo caso es un *proceso de aprendizaje* en el cual los individuos aprenden los códigos de convivencia. Representa la capacidad coercitiva de la cultura"¹².

Así, aparte de dar a conocer la cultura, el lenguaje sirve para ubicarnos en un tiempo y un espacio, como referente de nuestra individualidad, del conglomerado al que pertenecemos; para evidenciar significados, saber lo que piensan los individuos, expresar nuestro sentir, etc. De modo que por medio del lenguaje es que se va a describir nuestra identidad, va a ubicar quiénes somos, a qué pertenecemos, va a marcar nuestras diferencias, y todo ello se interioriza y lo compartimos con nuestros semejantes, entendiendo, apropiándonos de esas formas de pensar que la familia se encarga de transmitir.

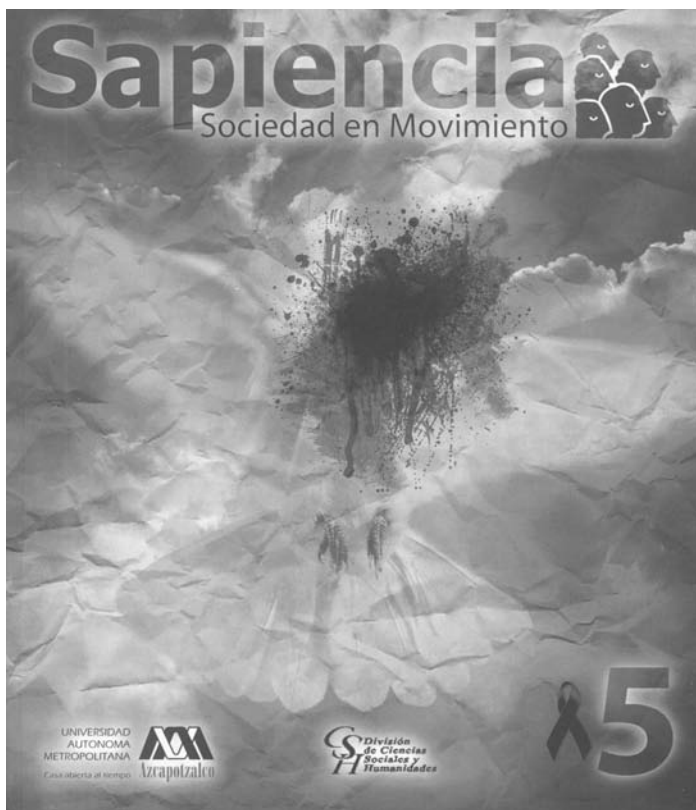
... la familia es una realidad social e histórica que expresa una forma particular de organización de la vida humana. Responde a los requerimientos de un institucionalización e institucionalidad de conductas e imaginarios pautados desde las necesidades que debe satisfacer, la representación simbólica que se le otorga, la formación de los masculino y lo femenino y el lugar que le corresponde en el mundo social. Esto implica reconocer el lugar que la familia ocupa en la sociedad a partir de la organización del parentesco, la regulación de la sexualidad y los aprendizajes para la sobrevivencia y convivencia¹³.

Y es justo en el seno familiar donde se enseñan las pautas culturalmente aceptadas de lo que se espera de cada uno, lo cual va a identificarnos como diferentes. Así

¹¹ Basil Bernstein (1989). *Clases, códigos y control*. Madrid: Akal Universitaria, p. 126.

¹² Elías (1987) en Rafael Montesinos (2007). *Perfiles de la masculinidad* (p. 18). México: Plaza y Valdés/UAM-I.

¹³ Sánchez (2007) en Rafael Montesinos, *op. cit.*, p. 206.



cuando hablamos de roles nos referimos a esos mandatos específicos del género femenino o masculino que se supone deben cumplir los individuos de uno u otro sexo para ser “auténticos hombres” o “auténticas mujeres”. Pero estos mandatos no existen sólo como obligaciones externas, sino que son interiorizados desde la infancia a través de la enseñanza y la observación de conductas de personas adultas; de tal manera que los géneros pasan a formar nuestra personalidad, nuestros gustos y deseos, nuestras capacidades y expectativas como parte de la cultura:

...la cultura a considerar que se trata de un conjunto de costumbres, principios, normas, hábitos, prácticas, formas de pensar, expectativas, conocimientos, etcétera, compartidos por un grupo de individuos (llámese pueblo, raza, nación o clase social) y que se transmite de generación en generación¹⁴.

Simone de Beauvoir explica que la mujer “no nace: se llega a ser mujer”¹⁵, en un entendimiento donde es evidente que la biología colocó sin malicia su parte, pero que fue aprovechado para que la misma sociedad construyera a través de la procreación sus condicionamientos, erigiendo barreras

¹⁴ Rafael Montesinos, *op. cit.*, p. 18.

¹⁵ *Op. cit.*, p. 15.

imaginarias entre sus miembros, y poniendo los comportamientos de los hombres y las mujeres como lo señala Lamas¹⁶: es una función que se ha centrado en una autoridad social, donde intervienen “instituciones económicas, sociales políticas y religiosas” que normalizan los comportamientos y acciones de mujeres y hombres de manera diferenciada, como forma de socialización para la convivencia armónica.

Así como la familia enseña reglas de comportamiento, religión, costumbres, tradiciones, ideologías, mitos, rituales, etc., como parte de los conocimientos que sirven de base para la convivencia y la forma de identificarse con los demás, también nos ha ubicado en los roles que nos toca jugar. Asimismo, nos ha enseñado la dominación en donde nos encontramos inmersos, ya que “la dominación ya no sólo simple o esencialmente sostiene privilegios, sino que también sostiene a la sociedad como conjunto en una escala cada vez más amplia”¹⁷.

Hoy en día vemos que los límites establecidos por modelos basados en el género varían tanto histórica como culturalmente, y que también funcionan como componentes fundamentales de todo un sistema social. El hecho de vivir en un mundo compartido por dos sexos puede interpretarse en una variedad infinita de formas: estas interpretaciones y los modelos que crean operan tanto a nivel social como individual¹⁸.

A manera de conclusión, podemos expresar que las formas de vida actuales están regidas y centradas en un sistema patriarcal donde el hombre tiene la autoridad. Autoridad que le ha sido dada y legitimada, que ha sido interiorizada y aceptada; pero que nuestra reflexión final lleva a plantearnos que aunque *el patriarcado esté vivo y coleando* en la gran mayoría de nuestra sociedad, en el interior de los seres humanos está el cambio de nuestra realidad. Porque así como se nos construyeron las formas de entendimiento que han invadido nuestras vidas, así podemos reconstruir, utilizando elementos reflexivos y buscando en nuestro interior esas formas igualitarias de percepción y entendimiento, reforzadas por nuestras conductas, que no pueden cambiar al mundo pero sí pueden cambiarnos, y eso ya es un comienzo de cambio.

¹⁶ Marta Lamas (1997). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM/Porrúa.

¹⁷ Herbert Marcuse (1968). *Eros y civilización*. México: Joaquín Mortiz, p. 104.

¹⁸ Marta Lamas, *op. cit.*, p. 23.

- Antecedentes
- Números
- Autores
- Temas
- Colaboradores
- Publicaciones

BIENVENIDOS
a nuestra revista

Regístrate con nosotros de forma **voluntaria** para conocerte mejor; los datos proporcionados son confidenciales y nos permitirán darte un mejor servicio.

Gracias

REGISTRO



comentarios en línea@

- directorio de la revista
- comentarios al editor
- preguntas frecuentes
- opinión de la página web

deseas publicar en esta revista?